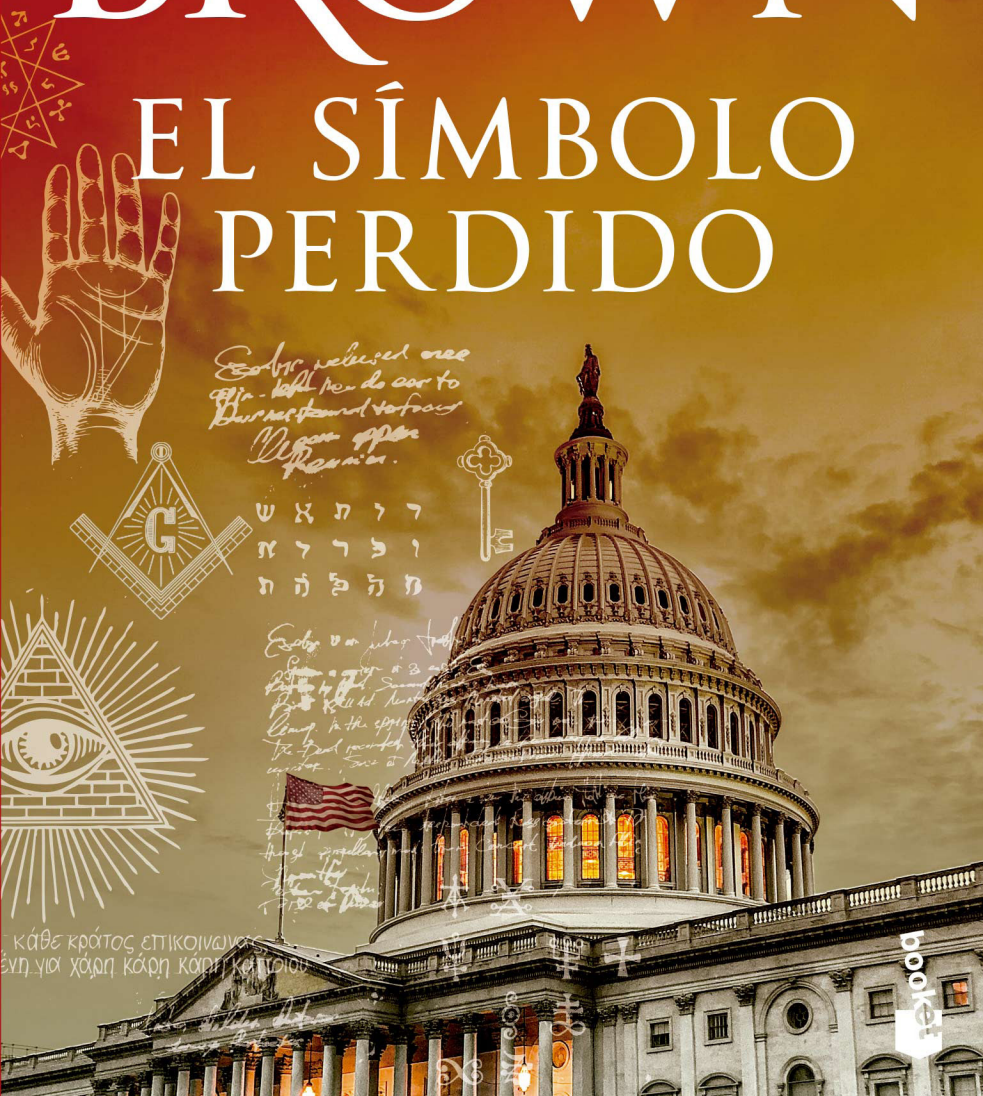


DAN BROWN

EL SÍMBOLO PERDIDO

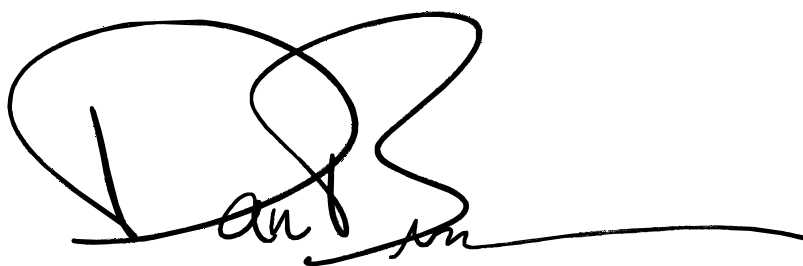


κάθε κράτος επικοινωνεί
ένα για όλους, όλους για ένα

booker

DAN BROWN

EL SÍMBOLO PERDIDO



Firmado digitalmente por Dan Brown

Traducción de Claudia Conde, M.^a José Díez y Aleix Montoto

CAPÍTULO 1

El ascensor Otis que sube por el pilar sur de la torre Eiffel va repleto de turistas. Dentro de la atestada cabina, un austero hombre de negocios vestido con un traje perfectamente planchado baja la mirada hacia el chico que tiene al lado.

—Se te ve pálido, hijo. Deberías haberte quedado en la planta baja.

—Estoy bien... —contesta el chico, esforzándose por controlar su ansiedad—. Me bajaré en el siguiente piso.

«No puedo respirar.»

El hombre se inclina sobre el chico.

—Creía que a estas alturas ya lo habrías superado —y le acaricia afectuosamente la mejilla.

El chico se siente avergonzado por haber decepcionado a su padre, pero apenas puede oír nada por culpa del pitido en los oídos. «No puedo respirar. ¡Tengo que salir de esta caja!»

El operador hace algún comentario reconfortante sobre los pistones articulados y el hierro pudelado del ascensor. A lo lejos, las calles de París se extienden en todas direcciones.

«Casi hemos llegado —se dice el chico mientras estira el cuello y alza la mirada hacia la plataforma de salida—. Aguanta un poco.»

A medida que el ascensor se va acercando al observatorio superior, el hueco empieza a estrecharse y sus enormes puntales a contraerse, formando un estrecho túnel vertical.

—Papá, no creo...

De repente resuena un estallido en *staccato*. La cabina da una sacudida y se balancea hacia un lado de un modo extraño. Los deshilachados cables comienzan a restallar sobre la cabina, golpeándola como si de serpientes se tratara. El muchacho se coge de la mano de su padre.

—¡Papá!

Ambos se quedan mirando mutuamente durante un aterrador segundo.

Y de repente el suelo del ascensor desaparece bajo sus pies.

Robert Langdon se incorporó de golpe en su sillón de piel, todavía aturdido por la semiconsciente ensoñación. Iba sentado a solas en la enorme cabina de un avión privado Falcon 2000EX que en esos momentos atravesaba una turbulencia. De fondo se podía oír el zumbido uniforme de los motores duales Pratt & Whitney.

—¿Señor Langdon? —crepitó el intercomunicador—. Estamos a punto de aterrizar.

Langdon se irguió en su asiento y volvió a meter las notas de la conferencia en su bolsa de piel. Estaba repasando la simbología masónica cuando su mente había comenzado a divagar. La ensoñación sobre su fallecido padre, sospechaba Langdon, debía de estar provocada por la inesperada invitación que esa misma mañana había recibido de su antiguo mentor, Peter Solomon.

«El otro hombre a quien nunca he querido decepcionar.»

El filántropo, historiador y científico de cincuenta y ocho años había tomado a Langdon bajo su protección treinta años atrás, ocupando en muchos sentidos el vacío que había dejado en éste la muerte de su padre. A pesar de la influyente dinastía familiar y de la enorme fortuna de Solomon, Langdon no había encontrado más que humildad y cordialidad en sus delicados ojos grises.

Por la ventanilla, Langdon advirtió que el sol ya se había puesto, pero todavía pudo distinguir la esbelta silueta del obelisco más

grande del mundo, alzándose en el horizonte como la aguja de un ancestral gnomon. Los ciento setenta metros de altura del obelisco de mármol señalaban el corazón de esa nación. Alrededor de la aguja se extendía concéntricamente la meticulosa geometría de calles y monumentos.

Incluso desde el aire, Washington emanaba un poder casi místico.

A Langdon le encantaba esa ciudad y, en cuanto el avión aterrizó, sintió una creciente excitación por lo que le esperaba esa noche. El avión se dirigió hacia una terminal privada que había en algún lugar de la vasta extensión del Aeropuerto Internacional Dulles y finalmente se detuvo.

Langdon recogió sus cosas, dio las gracias a los pilotos y abandonó el lujoso interior del avión por la escalera desplegable. El frío aire de enero le resultó liberador.

«Respira, Robert», pensó mientras contemplaba los espacios abiertos.

Una sábana de blanca niebla cubría la pista, y al descender hacia el neblinoso asfalto, Langdon tuvo la sensación de sumergirse en un pantano.

—¡Hola! ¡Hola! —oyó que gritaba una cantarina voz con acento británico desde el otro lado de la pista—. ¿Profesor Langdon?

Levantó la mirada y vio que una mujer de mediana edad con una insignia y un portapapeles se dirigía apresuradamente hacia él, saludándolo alegremente mientras se acercaba. Unos cuantos rizos rubios sobresalían por debajo de un estiloso gorro de lana.

—¡Bienvenido a Washington, señor!

Langdon sonrió.

—Gracias.

—Soy Pam, del servicio de pasajeros. —La mujer hablaba con un entusiasmo que resultaba casi inquietante—. Si tiene la amabilidad de acompañarme, señor, su coche le está esperando.

Langdon la siguió por la pista en dirección a la terminal Signa-

ture, que estaba rodeada de relucientes aviones privados. «Una parada de taxis para los ricos y famosos.»

—No quiero avergonzarle, profesor —dijo la mujer con timidez—, pero usted es el Robert Langdon que escribe libros sobre símbolos y religión, ¿verdad?

Langdon vaciló y luego asintió.

—¡Lo sabía! —exclamó ella, radiante—. ¡En mi grupo de lectura leímos su libro sobre lo sagrado femenino y la Iglesia! ¡Menudo escándalo! ¡Está claro que a usted le gusta alborotar el gallinero!

Él sonrió.

—Bueno, en realidad mi intención no era escandalizar.

La mujer pareció advertir que Langdon no tenía muchas ganas de hablar sobre su obra.

—Lo siento. Parloteo demasiado. Supongo que debe de estar harto de que lo reconozcan..., aunque en realidad es culpa suya —dijo mientras señalaba alegremente la ropa que él llevaba puesta—. Su uniforme lo ha delatado.

«¿Mi uniforme?» Langdon miró la ropa que llevaba puesta. Iba con su habitual jersey de cuello alto, una americana Harris de *tweed*, unos chinos y unos mocasines colegiales de cordobán... La indumentaria estándar para las clases, el circuito de conferencias, las fotografías de autor y los eventos sociales.

La mujer se rio.

—Esos jerséis de cuello alto que lleva están muy pasados de moda. ¡Estaría más elegante con una corbata!

«Ni hablar —pensó él—. Son pequeñas sogas.»

Langdon se había visto obligado a llevar corbata seis días a la semana cuando estudiaba en la Academia Phillips Exeter, y a pesar de que el romántico director aseguraba que su origen se remontaba a la *fascalia* de seda que llevaban los oradores romanos para calentar sus cuerdas vocales, Langdon sabía que, etimológicamente, el término «corbata» en realidad derivaba de una despiadada banda de mercenarios «croatas» que se ponían pañuelos en el cue-

llo antes de la batalla. Hoy en día, ese antiguo atuendo de guerra lo seguían llevando los modernos guerreros de las oficinas con la esperanza de intimidar a sus enemigos en las batallas diarias del salón de juntas.

—Gracias por el consejo —dijo Langdon tras soltar una risa ahogada—. Lo tendré en cuenta en futuras ocasiones.

Afortunadamente, un hombre de aspecto profesional y vestido con un traje oscuro salió de un elegante Lincoln Town que estaba aparcado junto a la terminal y le hizo una señal.

—¿Señor Langdon? Soy Charles, del servicio de limusinas Beltway —dijo, y le abrió la puerta del asiento de pasajeros—. Buenas tardes, señor. Bienvenido a Washington.

Langdon le dio una propina a Pam por su hospitalidad y luego se metió en el lujoso interior del Lincoln Town. El chófer le enseñó dónde estaban el control de temperatura, el agua embotellada y la cesta con magdalenas calientes. Unos segundos después, Langdon avanzaba a toda velocidad por una carretera de acceso restringido. «De modo que así es como vive la otra mitad.»

Mientras el chófer conducía el coche en dirección a Windsock Drive, consultó su lista de pasajeros e hizo una rápida llamada.

—Servicio de limusinas Beltway —dijo el chófer con eficiencia profesional—. Me han indicado que confirmara el aterrizaje de mi pasajero. —Hizo una pausa—. Sí, señor. Su invitado, el señor Langdon, acaba de llegar. A las siete de la tarde estará en el edificio del Capitolio. Gracias, señor —y colgó.

Langdon no pudo evitar sonreír. «No ha dejado piedra por mover.» El detallismo de Peter Solomon era una de sus más potentes bazas, y le permitía gestionar su considerable poder con aparente facilidad. «Unos pocos miles de millones de dólares en el banco tampoco hacen ningún daño, claro está.»

Langdon se acomodó en el lujoso asiento de piel y cerró los ojos mientras el ruido del aeropuerto quedaba cada vez más lejos. El Capitolio estaba a media hora, así que aprovechó el tiempo a

solas para poner en orden sus pensamientos. Todo había pasado tan deprisa que hasta ahora no se había parado a pensar seriamente en la increíble noche que le esperaba.

«Cuánto secretismo el de mi llegada», pensó Langdon, a quien la idea no dejaba de hacerle gracia.

A dieciséis kilómetros del edificio del Capitolio, una figura solitaria aguardaba con impaciencia la llegada de Robert Langdon.

CAPÍTULO 2

Aquel que se llamaba a sí mismo Mal'akh presionó la punta de la aguja sobre su cabeza afeitada, suspirando de placer cada vez que la afilada herramienta entraba y salía de su carne. El suave zumbido del aparato eléctrico resultaba adictivo...

«Soy una obra maestra.»

La finalidad de los tatuajes nunca había sido la belleza. La finalidad era cambiar. De los escarificados sacerdotes nubios del año 2000 a. J. C. a los tatuados acólitos del culto de la Cibeles en la antigua Roma, pasando por las cicatrices *moko* de los modernos mao-ríes, los humanos siempre se han tatuado a sí mismos con la intención de ofrecer sus cuerpos en parcial sacrificio, soportando el dolor físico del embellecimiento y sufriendo un proceso de cambio.

A pesar de las aciagas admoniciones del Levítico 19, 28, que prohibían la mutilación de la propia carne, en la actualidad los tatuajes se habían convertido en un rito de paso que compartían millones de personas: de aseados adolescentes a drogadictos empedernidos o esposas suburbanas.

El acto de tatuarse la propia piel era una transformativa declaración de poder, un anuncio al mundo: «Tengo el control de mi propia carne». El embriagador sentimiento de control derivado de la transformación física había provocado que millones de personas se volvieran adictas a múltiples prácticas para alterar la carne: cirugía cosmética, *piercings*, culturismo, esteroides..., incluso la

bulimia y el transgenerismo. «El espíritu humano anhela el dominio de su revestimiento carnal.»

Una única campanada sonó en el reloj del abuelo de Mal'akh y éste levantó la mirada. Las seis de la tarde. Tras dejar las herramientas a un lado, envolvió su desnudo cuerpo de metro noventa con una bata de seda de Kiryu y recorrió el pasillo a grandes zancadas. El aire de la amplia mansión estaba cargado con la fragancia de sus tintes para la piel y el humo de las velas de cera de abeja que utilizaba para esterilizar las agujas. El imponente joven pasó por delante de las antigüedades italianas de incalculable valor que decoraban el pasillo: un grabado de Piranesi, una silla Savonarola, una lámpara de aceite Bugarini.

Cuando llegó al ventanal no pudo evitar echar un vistazo y admirar desde la distancia el perfil clásico de los edificios de la ciudad. La luminosa cúpula del Capitolio resplandecía con solemne poder contra el oscuro cielo invernal.

«Aquí es donde está escondido —pensó—. Está enterrado ahí fuera, en algún lugar.»

Pocos hombres conocían su existencia... Y todavía menos conocían su impresionante poder o la ingeniosa forma mediante la que había sido escondido. Hasta ese día seguía siendo el mayor secreto de ese país. Los pocos que conocían la verdad la mantenían oculta bajo un velo de símbolos, leyendas y alegorías.

«Y ahora me han abierto sus puertas», pensó Mal'akh.

Tres semanas atrás, en un oscuro ritual que contó con la presencia de los hombres más influyentes de Norteamérica, Mal'akh había ascendido al trigésimo tercer grado, el escalón más elevado de la hermandad en activo más antigua del mundo. A pesar de su nuevo rango, los otros hermanos no le habían contado nada. «Ni lo harán», lo sabía. No era así como funcionaba la cosa. Había círculos dentro de círculos..., hermandades dentro de hermandades. Aunque se pasara años esperando, puede que Mal'akh nunca llegara a ganarse del todo su confianza.

Afortunadamente no necesitaba su confianza para obtener su secreto más profundo.

«Mi iniciación ha servido a su propósito.»

Ahora, revigorizado por lo que le esperaba esa noche, se dirigió a grandes zancadas a su habitación. Por toda la casa se oía la inquietante música que emitían los altavoces: una rara grabación de un castrato cantando el *Lux aeterna* del Réquiem de Verdi, recordatorio de una vida anterior. Mal'akh cogió el mando a distancia y puso el atronador *Dies irae*. Luego, mientras de fondo retumbaban los timbales y las quintas paralelas, subió por la escalera de mármol, haciendo que la bata ondeara con el movimiento de sus fibrosas piernas.

El estómago vacío de Mal'akh gruñó a modo de protesta. Llevaba dos días en ayunas, consumiendo únicamente agua, preparando su cuerpo tal y como se hacía antiguamente. «Satisfarás tu hambre al amanecer —se recordó a sí mismo—. A la vez que tu dolor.»

Mal'akh entró con reverencia en el santuario de su habitación y cerró la puerta tras de sí. De camino al vestidor se detuvo un momento, sintiéndose atraído por el enorme espejo dorado. Incapaz de resistirse, se volvió y miró su propio reflejo. Lentamente, como si desenvolviera un regalo de incalculable valor, Mal'akh abrió la bata, revelando su desnudez. La imagen lo sobrecogió.

«Soy una obra maestra.»

Su corpulento cuerpo estaba completamente afeitado. Mal'akh bajó la mirada primero a sus pies, que llevaba tatuados con las escamas y las garras de un halcón. Más arriba, sus musculosas piernas estaban tatuadas como si fueran dos pilares grabados (la izquierda en espiral, la derecha con estrías verticales). «Boaz y Jachin.» Caderas y abdomen formaban un decorado arco y, por encima de éste, adornaba su poderoso pecho un fénix bicéfalo..., con ambas cabezas de perfil y el ojo visible de éstas formado por cada uno de los pezones de Mal'akh. Los hombros, el cuello, la

cara y el cuero cabelludo estaban completamente cubiertos con un intrincado tapiz de símbolos y sellos ancestrales.

«Soy una obra de arte..., un icono en evolución.»

Dieciocho horas antes, un hombre mortal había visto desnudo a Mal'akh. Aterrorizado, el hombre había exclamado:

—¡Oh, Dios mío, eres un demonio!

—Si así es cómo me percibes... —había contestado Mal'akh, quien, como los antiguos, consideraba ángeles y demonios la misma cosa, arquetipos intercambiables, una simple cuestión de polaridad: el ángel guardián que vencía en la batalla a tu enemigo éste lo percibía como un demonio destructor.

Mal'akh bajó la cabeza y contempló el reflejo oblicuo del centro de su cuero cabelludo. Ahí, dentro de la aureola que lo coronaba, relucía un pequeño círculo de carne pálida sin tatuar. Ese lienzo cuidadosamente protegido era la única piel virgen que le quedaba. El espacio secreto había esperado pacientemente... y esa noche sería por fin completado. Aunque todavía no poseía lo que necesitaba para ultimar su obra maestra, Mal'akh sabía que quedaba muy poco para el gran momento.

Excitado ante esa idea, le pareció sentir que ya crecía su poder. Se volvió a abrochar la bata y se dirigió hacia el ventanal para mirar de nuevo la mística ciudad que tenía ante sí. «Está enterrado ahí fuera, en algún lugar.»

Centrándose de nuevo en la tarea que tenía entre manos, Mal'akh se acercó al tocador y se aplicó cuidadosamente una base de maquillaje corrector en cara, cuero cabelludo y cuello, hasta que sus tatuajes fueron completamente invisibles. Luego se puso las prendas de ropa y los demás objetos que había preparado meticulosamente para esa noche. Cuando hubo terminado comprobó su aspecto en el espejo. Satisfecho, se pasó la palma por el suave cuero cabelludo y sonrió.

«Está ahí fuera —pensó—. Y esta noche, un hombre me ayudará a encontrarlo.»

Mientras salía de casa, Mal'akh se preparó para el acontecimiento que pronto haría temblar el Capitolio. Había pasado por muchas cosas hasta conseguir que esa noche todas las piezas estuvieran en su lugar.

Y ahora, por fin, el último peón había entrado en juego.